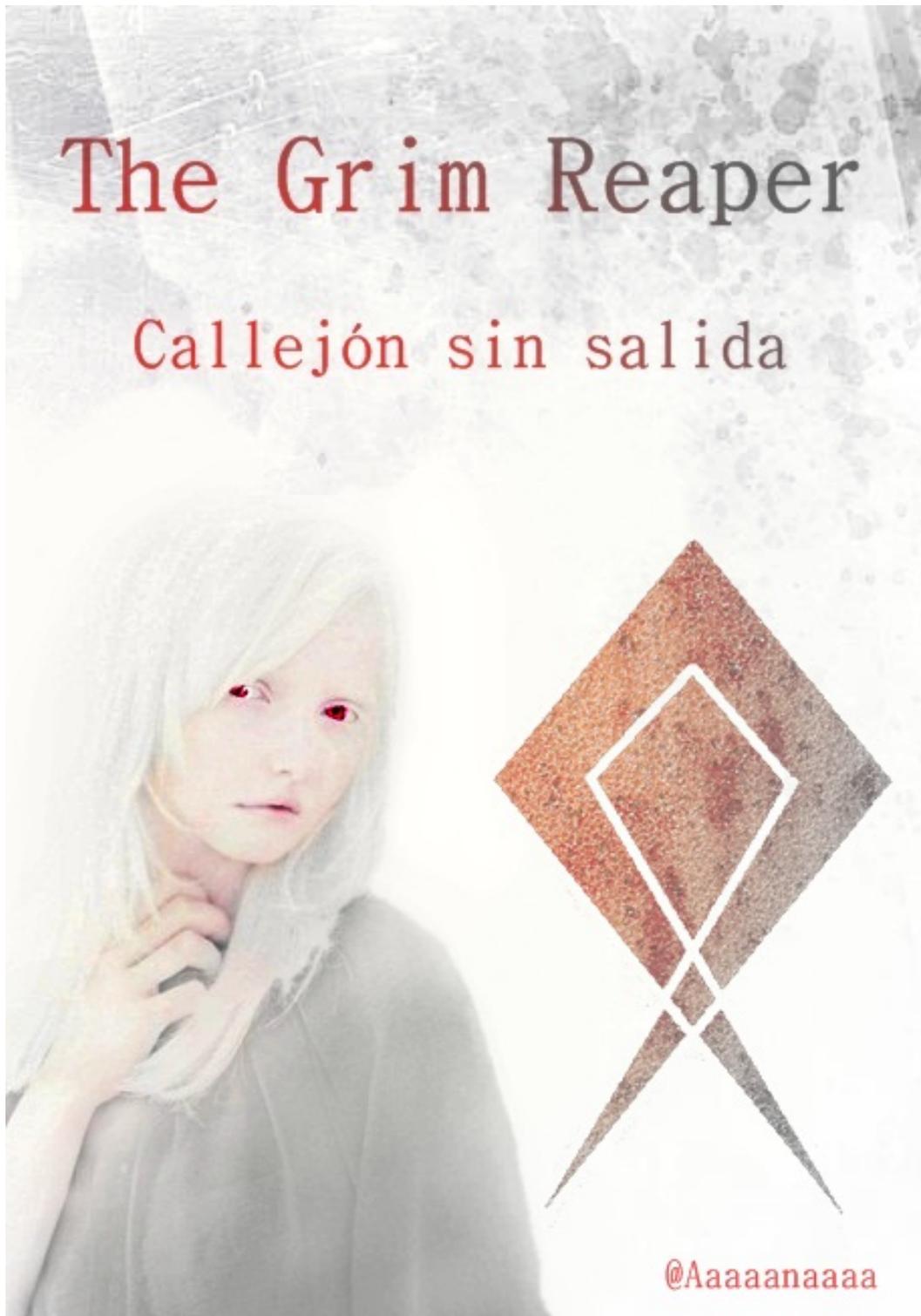


The Grim Reaper~ Callejón sin salida

Game Over



Capítulo 1

Cada vez que me miro al espejo no puedo evitar odiarme. Podría pensar que soy un ser maravilloso o simplemente podría creer que soy medianamente normal.

Pero eso es imposible. Lo único que despierta en mí ver mi reflejo cada mañana es furia, furia y lágrimas que brotan de mis ojos como si fuera un manantial interminable de dolor. Mis pestañas, completamente blancas, se pegan entre sí a causa de ese jodido líquido salado que lo único que consigue es recordarme cuánto me detesto.

Me llamo Sira Windsor, y soy la definición gráfica de ser detestable.

¿Y lo peor de todo? Soy tan sumamente egoísta que me hago creer a mí misma que nadie me quiere cuando sé perfectamente que tengo personas que morirían por mí. Fantaseo con saltar por la ventana cuando sé que con ese simple impulso de rodillas haría tanto daño que aun muerta me seguiría odiando. Aun así no puedo evitar sentir que no existo. Ingenua yo.

Nací en el seno de la posiblemente familia más rica de Vilnuk, fortuna que cayó al vacío durante unas apacibles vacaciones en el sur de Puerto Rico por culpa de esa condenada apuesta sin salida. Efectivamente, nuestro dinero provenía de mi padre, el jugador de póker más inteligente de todos los tiempos. Pero cuando se juega con el azar, amigo, se puede ganar o perder: la ambición, oh si, ese maldito instinto creado por el mismo demonio que nos lleva a arriesgar todo lo que tenemos por conseguir un poco más. Lo perdimos todo. Todo. Y aun así me quedaba la calidez de esa familia que es lo único que me alegra cada día. Durante los tres años siguientes descubrí que todos mis caprichos (obviamente concedidos) de cuando era niña, eran mera superficialidad que había sabido equiparar en sólo tres años con el cariño de mi hermanitos.

¿Mi padre? Muerto. ¿Mi madre, mi hermano y el resto de mis parientes? Viviendo conmigo en las alcantarillas de esta lúgubre ciudad, sin una simple miga de pan para comer y alegrándonos cada vez que encontramos alguna mierda de abrigo cutre en el contenedor de basura. Cinco tripas que alimentar conviviendo en las tinieblas desperdiciando la flor de su vida en un intento desesperado de conseguir trabajo. ¿Y para qué? Para que lo único que mi padre nos dejó nos desprestigie de tal manera que, cada vez que lo pronunciamos, sólo provoque risas y humillaciones: nuestro apellido.

En resumen: vamos a morir todos y yo... y yo no puedo hacer nada para

evitarlo.

Pasar del lujo a la miseria en unos segundos: pasar de nueve hermanos a tres que no han sabido aguantar. Freddy, el más pequeño de todos nosotros, cada vez que llega "a casa" me dice:

— Sira, en el colegio han vuelto a pegarme...

— ¿Por qué? — pregunto.

— La profesora ha leído mi nombre y me ha echado de clase... luego a la salida unos niños se han reído de mí...

Me quedo con un nudo en la garganta, incapaz de contestar.

— Creo que es porque me llamo de una manera rara... ¿y si me cambio el nombre dejarán de burlarse? — dice casi con euforia.

Me arrodillo, le aparto un blanco mechón de la frente dejando un negro moratón al descubierto y le abrazo.

¿Lo peor? Que no podemos cambiar nuestro apellido, con el que cargamos como burras. Si lo hiciésemos seguirían reconociéndonos, ¿por qué? Somos albinos, las jodidas personitas más blancas de la Tierra. La nieve parece una camisa sucia si la comparo con mi mano... y qué decir del color de mi pelo. A veces juraría que brilla con luz propia. Si tuviera algo de dinero me lo cortaría, me llega ya por la mitad de la espalda. En cuanto pille algunas tijeras en la basura me voy a pegar semejante tajo que podré hacerle un jersey a Freddy con lo que saque.

Pero no es el color de piel y de pelo lo único que nos hace destacar: tenemos los ojos rojos. De hecho no se nos distingue la pupila, tenemos por iris simplemente una bola roja con vísceras que parece la nariz de un jodido payaso. Yo me pongo lentillas azules para protegerme del jodido Sol. Es verlo y me arde la cabeza. Es salir en manga corta en verano y sentir lo que sentían los langostinos a la plancha que hacía mi abuela todos los domingos cuando era pequeña. Los odiaba. Ahora daría cualquier cosa por degustar otra vez esas jodidas gambas lisiadas.

Ya sé que digo mucho la palabra "jodido", estoy enfadada con el mundo. La digo a todas horas. Odio a todo el mundo, el Apocalipsis será el día más feliz de toda mi jodida (jer) vida.

Me aparto de Freddy, me ha dejado sin palabras.

— Anda peque, ve a hacer los deberes — le digo al final.

Se va corriendo feliz como si no hubiera pasado nada. Yo camino hacia el túnel izquierdo, donde suelo dormir y pasar las tardes. Las velas se están consumiendo y no les queda mucho para apagarse, vamos a tener que conseguir más. No, no sé cómo lo vamos a hacer. De todas formas, la oscuridad no me importa mucho. La luz me suele molestar (estúpida ftofobia...).

Llego a "mi cuarto". Consiste en un colchón con una manta medio desgarrada, una silla del Ikea sin respaldo, un escritorio que conseguí rescatar de mi antigua casa y Bichín. Bichín es una rata de alcantarilla literalmente, mi mejor amiga. Es realmente limpia, cada día a las cinco de la tarde se pone a gruñir y hasta que no salgo a la calle y la froto bien con jabón debajo del chorro de una fuente no se calla. La gente me mira raro por bañar a una rata pero, como es imaginable, me importa poco.

Estoy orgullosa de haberla criado, ahora mide más o menos treinta centímetros. Tiene el pelaje muy suave y es muy cariñosa. Cuando me grito y lloro delante del espejo, se me sube al zapato e intenta meterse por dentro de mis pantalones, cosa que nunca consigue porque está muy gorda.

Me siento en el colchón y acaricio a Bichín, que se me ha subido a las piernas. Pronto me pongo melancólica, como siempre. Intento animarme pensando en soluciones para sacar a mi familia de este callejón sin salida, pero no se me ocurre nada coherente. Soy una inútil. Luego empiezo a pensar en estrategias de suicidio, pero en seguida me siento culpable y termino odiándome a mí misma por ser tan egoísta.

Dejo a Bichín en el colchón y me levanto para gritarme al espejo. Me tiro de los pelos, lloro... lo de siempre, vamos. Mis hermanos no pueden oírme, su "habitación" está muy lejos. Me gusta tratar a nuestra alcantarilla como "casa", me hace sentir un poco mejor.

Vaya, Bichín está gruñendo.

Deben ser las cinco. Cojo al animalito, me escurro un poco las lágrimas, agarro la pastilla de jabón y el cubo que tengo encima de la mesa y salgo.

Cuando vuelvo a poner la tapa de la alcantarilla miro a mi alrededor. Está todo blanco, aunque no más blanco que yo. Atravieso el estrecho callejón y termino en la calle peatonal de los pijos. Arrancaría la cabeza a esas señoras gordas con abrigo de piel de zorro que miran mal a mi Bichín. Como si el engendro de su perro fuera mejor que mi ratita...

Más o menos por la mitad de esta calle hay una fuente. Pronto me doy cuenta de que voy tan sólo con una camiseta y sin bufanda pero no tengo frío. Vivir en la alcantarilla me ha inmunizado contra los cambios de

temperatura, siempre está como un glaciar.

Llego a la fuente y me pongo a lavar a Bichín. Dos viejas obesas mal maquilladas y con los labios más rojos que mi ojo (porque mi ojo es bastante rojo) me miran como si no hubieran visto nunca a una chica bañando a su rata. Llevan viéndome ya dos meses, por Dios... Deberían haberse acostumbrado ya...

— ¡Psst! — una voz sale de detrás de un árbol. Distingo una silueta de un señor bajito y con gorra, aunque mi vista es una mierda por lo que no me fío mucho...

Entrecierro los ojos y le miro raro mientras Bichín se remueve feliz debajo del agua.

— ¡Psssst! Sí, tú, ven aquí — qué voz más repelente. Parece un gato ahogándose.

Saco a Bichín de la fuente, se terminó la hora del baño. El desconocido sigue llamándome...

¿Debería ir?

Capítulo 2

Me limito a llenar el cubo de agua de la fuente y darme media vuelta. Seco a Bichín en mi camiseta, ahora sí empiezo a sentir frío. Antes de salir de la placeta miro mal a las gordas sebosas que cuchicheaban y me señalaban indiscriminadamente.

Cuando llego a la alcantarilla me encuentro a mi hermano saliendo, va a mendigar a ver si consigue algo de dinero para comprar la cena... hoy aún no hemos comido en todo el día.

Tampoco me importa mucho, me he acostumbrado tanto al quejido de mis tripas que ya es algo habitual en mi vida, como si formara parte de mi propio cuerpo. Es tan mío como mi brazo o mi pierna.

Llego a mi habitación. Me limito a coger los palitos que me quedaban del día anterior e intentar encender fuego para calentar el agua y ducharme. Bichín los olfatea curiosa hasta que la aparto con una patada poco cariñosa.

Al cabo de unos minutos el agua ya está caliente... o por lo menos templada. Mis duchas consisten en desnudarme, mojar la pastilla de jabón (sí, la misma que uso para bañar a mi rata), frotármela por todas partes y echarme el bol de agua por encima.

Hago exactamente eso. Me seco con una mezcla entre manta y toalla que siempre está tirada encima del escritorio. En realidad es sólo una manta que uso para secarme, pero me gusta llamarla "toalla". Es como cuando llamo a mi porción de alcantarilla "habitación", me ayuda a sentirme más cómoda.

Al cabo de un rato mi madre se pone a gritar, supongo que querrá que vayamos a cenar. Veamos qué sorpresas nos depara la cena de hoy, a ver qué tipo de manjar ha conseguido mi hermano...

Cruzo el túnel lleno de velas hasta que llego a lo que usamos como comedor. Tenemos una mesa y todo. Las sillas... bueno... de pie se hace mejor la digestión.

Mamá, Freddy, Ada y Albin ya están preparados.

Mi madre está presidiendo la mesa, con ese pelo tan negro y esos ojos tan oscuros. Mis hermanos y yo no nos parecemos en nada a ella. Suele llevar el pelo recogido en una trenza desgarbada, que es lo único que da algo de calidez a su esbelta y fría figura.

Ada es mi hermana pequeña. Es tan mona con esos ricitos blancos... Aunque sus ojos rojos provocan que la niña me recuerde a una muñeca diabólica.

Albin es mi hermano mayor. En realidad se llama Jason, pero como es albino, sus amigos lo llaman Albin y nos lo han pegado. Qué originales. Ahora, por supuesto, le han dado de lado como al resto de nosotros. A veces nuestra vida hasta me da risa.

Observo la cena: un cacho de pan duro. Es una pena que no tenga moho, así por lo menos tendría algo más de sustancia... Cuando me acerco me saludan. Mi madre intenta iniciar una conversación para que parezcamos una familia normal.

— Ada, ¿qué tal hoy en el colegio? — Ada está esforzándose por arrancar un trozo de ese híbrido entre piedra y bollo.

— Bien — tiene la boca llena —. Me han dado el examen de lengua — se limpia con la manga.

— ¿Y qué tal? — pregunta Albin.

— Cuatro. Sobre veinte...— se remueve incómoda.

— Vaya... ya irás mejorando. ¿Entonces a ti también te lo han dado, Sira? —dice mi madre.

Ada y yo vamos a la misma clase. Aunque yo tenga quince años y mi hermana doce, a ella le adelantaron tres cursos. El año pasado repetimos las dos. Yo era de notas normalillas y Ada era brillante, destinada a convertirse en un genio. Pero obviamente la ruina de tu familia transforma tu motivación escolar...

— Ni preguntes — suelto una risa forzada. Lo único que hice con ese examen fue dibujar un retrato exacto de Bichín en mitad de la hoja.

Creo que mi madre tiene los ojos llorosos. Sufre demasiado por nosotros y no hacemos nada para evitarlo...

— Mamá y yo estamos empezando a arreglar el túnel de debajo de la casa de los Smith. Lo usaremos como baño común — dice Albin. Terminó ya el instituto, pero como no podíamos pagar sus estudios universitarios y en la pública fue rechazado, ahora no hace nada. Quería ser ingeniero.

— ¿Qué tal tú, Freddy? — le pregunto a mi hermano. No ha dicho ni una palabra desde que hemos empezado a cenar.

Freddy no contesta. Mira a su trozo de pan con los ojos muy abiertos y sin pestañear. Ni siquiera me mira cuando le hablo. Sus mofletes regordetes y sonrosados ahora están igual de blancos que... que yo...

De repente empieza a toser. Es como un ataque, mientras tose grita y empieza a vomitar sangre.

Lo que ocurre a continuación lo veo a cámara lenta. Me quedo paralizada, sin poder reaccionar... Albin coge a Freddy, que no para de convulsionar y seguir escupiendo. Ada y mi madre corren hacia la salida de la alcantarilla y la abren para dejarle pasar. Salen todos a la velocidad del rayo.

Sigo sin poder moverme. Estoy pasmada delante de la mesa con los ojos llenos de lágrimas... veo todo borroso. Seguro que se me están saliendo las lentillas.

Debería ir. Debería correr a acompañar a mi familia. Pero no puedo.

No voy a ser capaz de soportar saber qué le ha pasado a Freddy.

No soporto más desgracias.

Llevo tanto tiempo intentándolo...

Ya está. Voy a caer, como el resto de mis hermanos que no pudieron soportar este cambio tan brusco. Envidio a Albin, el mayor de todos nosotros y el más fuerte. Siempre ayudándonos, nunca siendo tan egoísta como lo soy yo en estos momentos.

Pero hay personas fuertes y personas débiles, y yo pertenezco al segundo grupo.

Siento dejar a toda mi familia a su suerte... pero he llegado a mi límite, se acabó.

Me dirijo llorando, con un paso lento hasta mi habitación. Me miro al espejo. Me doy asco.

Saco eso que he estado escondiendo tanto tiempo debajo de mi colchón: una cuchilla.

Desgarro el plástico como puedo para sacar una hoja. Imposible, se la acerco a Bichín. La rata se niega a morder. Sale huyendo. Ha debido ver la oscuridad que hay en mí aquí y ahora.

Termino consiguiendo mi objetivo. Me vuelvo a mirar al espejo. Oh sí, esta

es la última vez... por fin podré dejar de aguantarme.

Ni siquiera me molesto en dirigir la hoja a la muñeca. Cortando ahí no conseguiría nada.

Me miro al espejo y apunto directamente hacia mi tráquea. La mano me tiembla demasiado.

Joder, ¿cómo puedo ser tan cobarde? Decido dar mi paso egoísta hacia el abandono de mi familia y ahora ni siquiera puedo hacerlo porque me da miedo morir. Doy pena.

Me decepciono enormemente al averiguar que no he hecho esto antes por el simple hecho de que me da miedo la muerte. Soy egoísta, jodidamente egoísta, y encima soy una puta cobarde.

Nunca me he odiado tanto.

Al final me remango y apunto a la muñeca. Necesito ver sangre. Necesito verme sufrir. Necesito ver cómo el ser que más detesto en el mundo agoniza y se consume lentamente en su propio veneno.

Ahora sí que no lo dudo. Corto mi carne, profunda y lentamente. Cinco rayas paralelas justo debajo de la palma de mi mano por las que empieza a fluir sangre. Sorprendentemente me siento aliviada, es como si esa sangre fuera mi rencor, como si al salir una parte de mí fuera de mi cuerpo tuviera que aguantar menos peso. Estoy llena de rabia.

— ¡Eres estúpida! — grito al espejo con desesperación. Nunca me había visto tan enfadada. — ¡Te odio! ¿Esto es lo que querías, no? ¡Pues ahí lo tienes! ¡Maldita cobarde!

Suelto la cuchilla y pego un puñetazo al espejo con rabia. Lo rompo y mi mano se desgarró con él. Me da un bajón y apoyo mi cabeza contra el cristal roto, me está cortando la cara pero no me importa. Es más, me gusta. Hacía tiempo que no me sentía tan bien. Estoy jadeando, parece que me calmo. Las lágrimas bañan mis heridas y me escuece. El escozor, el dolor... me hacen sentir bien.

Cierro los ojos para calmarme. Quiero terminar de destruirme.

“Pero Sira, no puede ser. No podías abandonarles de esa manera. Tienes que esforzarte por sujetar sus desgracias igual que ellos sostienen las tuyas.”

Con los pocos motivos para seguir viviendo que me quedan, me limpio las

heridas y salgo de la alcantarilla hacia el hospital. Soy gilipollas.

Camino ensimismada y mirando hacia delante. No hay nadie por la calle, es bastante lúgubre. No puedo evitar fantasear con que viene un asesino y me desgarran con una navaja. Es lo que me merezco, y si me lo merezco... ¿por qué no lo tengo?

A mitad del camino una figura bajita se me acerca. Ojalá sea un atracador. Mis sueños se están cumpliendo. A pesar de su estatura me intimida. Espero que sea algún tipo de loco homicida... ¿qué hago pensando esto? Ya ni siquiera me sorprende al ver lo egoísta que soy.

Me quedo paralizada observándole fijamente. La oscuridad de la noche me impide ver sus rasgos. El hombre se acerca hasta quedarse quieto ante mí. Le llevo media cabeza.

— ¿Sira Windsor? — dice el desconocido.

No respondo, sólo asiento.

— Tengo la solución a todos tus problemas — la figura sonrío y ni siquiera la espesa noche es capaz de tapar el brillo de su dentadura.

Algo me dice que mi vida va a cambiar a partir de ahora.

Capítulo 3

— ¿Y qué tipo de milagro va a cambiar mi vida? — digo al hombre siniestro con la mirada fija en sus dientes. Intento parecer lo más estable que puedo, aunque ahora tenga ganas de arrancarle la cabeza a este señor por gastarme esta broma...

— ¿Estarías dispuesta a matar? — sigue sonriendo. Es realmente intimidante.

— ¿A... a matar? — sé que estoy arqueando las cejas. Está bien, un poco de ironía en mi triste vida nunca viene mal.

— Más bien — el hombre ha empezado a caminar de lado a lado. Lleva puesto un traje de etiqueta muy elegante, con rayas blancas verticales. Me recuerda a Jigsaw. —. A hacer realidad una leyenda.

— ¿Qué quieres decir? — ni me molesto en tratarlo de usted.

— A recrear a una mente brillante, a una máquina, a un espíritu insaciable sediento de venganza.

— ¿A qué? — sigo incrédula.

— Ven conmigo y te lo explicaré. Pero primero reflexiona sobre mi pregunta criatura: ¿estarías dispuesta a matar? O, corrigiéndome, ¿estarías dispuesta a matar para salvar a tu familia? — ha parado de caminar y me vuelve a mirar.

Y yo vuelvo a sentir como mis lágrimas se deslizan por mis mejillas. Cualquier día de estos me deshidrataré.

¿Qué si estaría dispuesta a matar por mi familia? No lo sé... Tengo la sensación de poder hacer cualquier cosa por los seres que más quiero. Pero... ¿matar? Matar para salvarme a mí misma sería lo más egoísta del mundo. No sé si podría volver a tener un mínimo aprecio por mi persona después de quitar la vida a otra.

No, no sería capaz...

¿O sí?

Soy egoísta y me odio. Después de tres años en las alcantarillas me he convertido en un monstruo apático y egocéntrico que sólo piensa en él. ¿Me están diciendo que si me cargo a alguien mi mierda de vida

cambiará? De acuerdo. Puedo hacerlo.

Joder, qué egcétrica soy. Cómo me odio.

Miro al siniestro individuo fijamente y no lo dudo más.

— Sí — ha sonado como una especie de susurro. Me ha dado miedo responder. Me doy miedo a mí misma por lo que acabo de decir.

— Bien dicho. Matando liberarás esa furia que llevas dentro — lo dice con demasiado ímpetu —. Pégame.

— ¿Qué? — no entiendo a ese hombre.

— Rómpeme la nariz y siente tu liberación — se acerca a mí y mira hacia arriba como esperando que le pegue de verdad. Pero... ¿qué narices...? Lleva espirales rojas pintadas en las mejillas... y hay un triciclo rojo apoyado en una farola... iva completamente disfrazado de Jigsaw! —. Adelante.

Me miro el puño, el que tengo lleno de cortes. Las heridas aún están frescas, no he parado de sangrar.

Sin pensármelo dos veces le arreo un puñetazo a ese gremlin enano que me está sacando de quicio.

Mi mano atesta en su mejilla derecha provocando que su cabeza rebote hacia atrás. Mis nudillos han crujido y la costra que estaba empezando a formarse se ha abierto. Siento como si mi alma hubiera salido de mi cuerpo para irse al paraíso. Como si mi furia se hubiera escapado en un suspiro y ahora sólo me quedara la tranquilidad. Exactamente la misma sensación que... cuando he roto mi espejo.

Creo que hasta estoy sonriendo. Cierro los ojos para saborear el momento.

Entonces la pesadilla vuelve. La taladradora que atraviesa mi corazón que hace que tenga constantes ganas de vomitar regresa con ella. Necesito pegarle otro puñetazo, necesito volver a sentirme libre.

No me da tiempo a reaccionar. Le pego otro bofetón que causa el mismo efecto. Paraíso. Luego vuelta al infierno.

Quiero más. Es como una droga. Necesito ver sangre.

— ¿Y bien? — sus blancos dientes ahora están rojos. Creo que le he roto

el labio.

Me encojo de hombros. Me incomoda contarle a este hombre que me ha gustado pegarle.

Sonríe aún más ante mi gesto.

— Acompáñame. Te gustará.

El señor se acerca a la farola donde está apoyado el triciclo, se sube en él y yo le sigo.

No estoy muy segura de qué estoy haciendo.

Me lleva por un laberinto de calles interminables por el que raras veces he pasado. No hay absolutamente nadie.

No puedo evitar pensar en Freddy... Está en el hospital mientras yo sigo a un maníaco que me ha preguntado si soy capaz de matar.

El cielo está lleno de nubes, no hay ni una sola estrella. Ni siquiera podría decir dónde está la Luna.

Finalmente llegamos a la fábrica de juguetes abandonada en las afueras de Vilnuk. Desde que el dueño murió misteriosamente, nadie se encargó de ella...

El paso está prohibido, aunque a mi acompañante no parece importarle. Nos metemos dentro, hay un montón de juguetes polvorientos y cajas rotas por el suelo. Es espeluznante. Cruzamos toda la fábrica. Las salas están llenas de telarañas y piezas sueltas de muñecos. Finalmente, mi acompañante me pide ayuda para desplazar a un lado una máquina expendedora que aún está llena. Al moverla, se ve una trampilla en el suelo. El hombrecillo la abre y se mete dentro.

No puedo creer lo que veo. En el subsuelo hay construida toda una mansión de lujo. Me encuentro ante un pasillo con baldosas y columnas de marfil con estatuas de oro. Las paredes están llenas de cuadros de personajes de película, algunos detectives y escenas gore.

A ambos lados hay puertas inmensamente altas hechas de madera con figuras talladas. El hombre siniestro me lleva por los pasillos hasta llegar a la puerta más grande y decorada de todas. Como por arte de magia, se abre sola ante nosotros.

Lo que hay dentro me deja amedrentada. Es una sala enormemente grande, cubierta de cristaleras de colores. Una alfombra roja con estatuas de lobos (hechas de oro) colocadas en sus extremos dirige hasta un trono

hecho de piedras preciosas donde un hombre con una máscara que le tapa la mandíbula inferior nos observa. Justo al lado de éste, hay otro trono vacío e idéntico. Se encuentran elevados en un altar.

Mi acompañante y yo cruzamos la alfombra hasta que me indica que me pare. Entonces sube las escaleras del altar y se sienta en el sitio vacío.

— Si estás aquí, es porque estás dispuesta a matar — dice el de la máscara. Tiene una voz excesivamente grave. No sé por qué me repiten lo mismo todo el rato.

— Efectivamente, eso me ha dicho — contesta Jigsaw. Ambos se ríen. Yo les miro con desconcierto.

— Me llamo César, César Sans, y soy un caníbal. Éste es mi compañero Gerónimo, Gerónimo Goudy, es un puzle — añade el de la máscara —. Bienvenida a La Parca. Somos una asociación que se dedica altruistamente a limpiar el mundo de la escoria. Para mí, matar es un arte. Y como disciplina, no importa lo rápido que se hace o lo bien que se hace, sino cómo se hace — ha remarcado esta última frase —. Por eso hay que explotar las habilidades de cada uno para lograr del mundo una sintonía perfecta donde al asesino se le llama artista. Querida, no buscamos de ti alguien valiente o hábil: buscamos a un alma despiadada que vea al mundo como su campo de caza. Donde vea a sus presas como el pan de cada día y donde el único amor que tenga sea ella misma — ¿Está delirando? —. ¿Qué me dices? ¿Eres como nosotros?

— Claro... — no sé muy bien qué responder.

— Muy bien, el matar es algo muy complejo. Hay miles de técnicas, y para cada técnica existe un artista diferente. En esta academia entrenamos cuatro tipos: puzles, caníbales, ninjas y parcas — el hombre continúa. Parece emocionado.

— ¿Y qué se supone que hace cada uno? — debería tratar bien a estos psicópatas si no quiero acabar mal.

— Mejor que te interese — el caníbal está sonriendo —. Los puzles usan su inteligencia para matar a sus víctimas. Construyen trampas y siempre te dan la opción de seguir viviendo en caso de que consigas superar sus pruebas — está frunciendo el ceño y mira a la nada mientras sonrío. Mentiría si no admitiera que estoy muerta de miedo —. Los caníbales matan a sus víctimas para comérselas. La carne humana tiene muchas propiedades, ¿sabes? — se señala a sí mismo — Los ninjas usan su velocidad para acabar con la escoria, tienen que ser hábiles y silenciosos — se está acercando a mí de la misma manera que había hecho antes su compañero —. Y las parcas infunden el miedo en sus víctimas. Les persiguen día a día torturándoles psicológicamente, esperando a que su

objetivo sea débil y esté preparado para morir. Les hacen desear dejar de existir metiéndoles en un círculo de tortura del que nunca podrán salir. Y en ese momento, cuando un ser humano no puede soportar el hecho de seguir vivo, la parca hace su labor.

Ahora me está mirando fijamente. Sin dejar de sonreír, por supuesto.

Tengo que posicionarme... ¿matar es un arte? Juraría haber visto esos tipos de asesinos en alguna cartelera de cine. ¿Esta gente intenta recrear personajes ficticios?

— Son... ¿películas? — no puedo formular preguntas más complejas en este momento. Estoy paralizada.

— Efectivamente, artistas que deben pasar a la realidad para deleitar al mundo con sus obras — César sigue de pie, con las manos cruzadas detrás de la espalda. Creo que aún no le he visto parpadear.

— Ahora vas a responder a un sencillo cuestionario que determinará tu destino. También pasarás por una pequeña prueba que decidirá si te aceptamos o no — Gerónimo está igual de emocionado que su compañero.

—Vale... — apenas puedo hablar.

— ¿Te consideras inteligente? — me pregunta Gerónimo.

— No — respondo inmediatamente. También dibujo una sonrisa irónica en mi rostro. La verdad, en cuanto a inteligencia se podría decir que no me falta pero tampoco me sobra. Además, esta pregunta se refiere a convertirme en un puzle, lo que me da bastante pereza. No quiero pensar en construir trampas, si se escapa la víctima podría denunciarme y terminarían encarcelándome.

— Bien — usa un tono comprensivo —. ¿Te consideras una persona rencorosa?

— Para nada — me suele importar un comino lo que me hagan los demás, estoy acostumbrada a que se burlen de mí. A esto le añado que la pregunta se refiere al canibalismo, que se comen a sus víctimas para sentir que han "absorbido" su energía vital. Y no, no me pienso comer a una persona.

— De acuerdo — está empezando a ponerse serio... —. ¿Te consideras entonces una persona ágil?

— Uf, eso lo que menos — me ha salido solo. No he podido pararme a pensar la respuesta. Ciertamente soy la persona más torpe y lenta del

mundo, pero habría sido guay convertirme en un ninja.

— Está bien, está bien... ¿y egoísta? — al verme meditar ha vuelto a sonreír.

¿Qué si soy egoísta? Sí, no podría ser más egoísta. ¿Esta pregunta se refiere a las parcas? ¿Y qué tiene que ver el egoísmo con eso?

En fin... supongo que ya lo descubriré.

— Sí... — respondo tímidamente.

— César — el puzle tiene los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas
— Estamos ante una parca.

— ¿Y ya está? ¿Fin del cuestionario? — menudo interrogatorio de mierda... yo me esperaba algo más profundo en plan preguntar por mis gustos, por ejemplo. ¿Con decir que soy egoísta ya me encasillan?

Dios mío, ¿dónde me he metido?

Capítulo 4

— Querida, con esto es suficiente para decidir tu destino. Si tienes suerte puede que vayas ganando popularidad entre tus fans y quieran comprar tus obras — afirma César, quien se quita la máscara. Entre el traje de terciopelo marrón que lleva, su alta estatura y esos ojos tan caídos y tan intimidantes a la vez, me están entrando ganas de salir corriendo.

— ¿Fans? — puede que no debiera preguntar tanto, pero nunca había presenciado ni sabido de la existencia de una organización como ésta.

— Claro. Después de cada asesinato debes fotografiar la escena del crimen y escribir una reseña que responda a preguntas tales: “¿cómo me he sentido?”, “¿cómo ha sido la trayectoria de mi asesinato?” y algunas otras que ya te diré cuando cometas tu primer crimen. Si a algún observador le gusta tu hazaña, puede atribuírsela por un módico precio. Si tiene suerte puede que le descubran y vaya a la cárcel — Gerónimo me responde. No creo lo que estoy oyendo...

— ¿E ir a la cárcel se supone que es bueno? — lo siento, mi curiosidad me domina.

— Para tus fans sí, es todo un honor poder representar a un artista del crimen organizado — César habla como si lo que dijese fuera obvio.

— Ahora vamos a presentarte la academia y a mostrarte nuestros métodos de enseñanza. Vas a ser una parca, el tipo de artista que da el nombre a nuestro familiar cuartel — Gerónimo está realmente emocionado.

Sigo sin entender cómo pueden llamar tan fácilmente “artista” a un asesino. Me toco disimuladamente las heridas de mi muñeca para comprobar si siguen ahí, no estoy muy segura de no estar soñando.

César y Gerónimo me cogen de los brazos y me conducen alegremente por las instalaciones. Es increíble que haya semejante monumento de edificio bajo tierra. Me pregunto si todas las estatuas de oro serán robadas...

Los cuadros me hacen estremecerme... son fotos de cadáveres descuartizados, ahorcados y asesinados de diversas maneras. ¿Serán estas las escenas del crimen que venden a los fans?

Después de un recorrido comparable a un retorcijado laberinto, me meten en una sala llena de máquinas algo extrañas que recuerdan a torturas medievales. También hay unas mesas apartadas llenas de probetas con líquidos de colores dentro. En las paredes hay paneles con todo tipo de

herramientas manuales: alicates, destornilladores, pistolas de pegamento, llaves inglesas... y sin olvidarme de las jodidas estatuas de oro y columnas de marfil que decoran la sala.

En algunas máquinas de tortura hay maniquís colocados. Será para hacer pruebas... ¿dónde cojones estoy?

Debería dejar de decir palabrotas y aprender a hablar bien. Bah, eso ahora da igual.

Hay una chica gordita, castaña y con gafas; un chico alto, pelirrojo y también con gafas y otra chica con los ojos muy oscuros que tiene cara de amargada. Van vestidos con una bata de científico pero en negro.

La chica castaña es la primera en darse cuenta de nuestra presencia y se gira para mirarnos. El pelirrojo y la morena de ojos negros se giran con ella.

— Te presento a mis ilustrados alumnos. La del pelo rizado marrón y con pecas es Jade, el que parece una zanahoria es Dylan y la gótica se llama Selena: mi más exitosa creación — dice Gerónimo con su incansable euforia.

La tal Selena suelta un bufido.

— Soy Sira... — digo dudosa.

— Lamentablemente si se une a nuestra familia no estudiará con nosotros, es una parca. ¿No es magnífico? Hacía tanto tiempo que no encontrábamos una... ¡estamos ante un acontecimiento excepcional! ¿No es así? — Gerónimo sigue hablando ante la indiferencia de sus alumnos.

— Qué guay — contesta el pelirrojo con un tono que carece de ningún tipo de emoción.

Los tres alumnos están como... vacíos. Su mirada no aporta nada: es como si les hubieran absorbido toda la energía y no pudieran sentir ninguna emoción. A saber lo que les habrá hecho esta gente... ¿a qué me estoy enfrentando?

— Como ya habrás imaginado, aquí enseñamos a los puzzles. ¡Tenemos hasta muñecos para hacer prácticas con las nuevas trampas! Inventar... ¡todo un arte! La inteligencia es lo que nos hace destacar, los acertijos son nuestro combustible, ¿no te parecemos fascinantes? — definitivamente, Gerónimo es un enfermo mental.

¿Es consciente de que está hablándome de matar?

— Sí — ¿Que si me parecen fascinantes? ¿Cómo no me va a parecer fascinante un atajo de psicópatas que se entrenan para vender sus crímenes a fans que son aún más depravados que ellos?

— Entonces pasemos a la siguiente sala — César me coge del codo y no me deja ni siquiera despedirme de esos pobres chicos...

Después de caminar por otro trayecto del laberinto, me llevan a una sala que es... ¿una cocina?

Está llena de hornos, fuegos, neveras gigantes, congeladores y utensilios de última generación. Hay una pareja, un chico y una chica con rasgos orientales, que están removiendo algo en una olla. Hablan alegremente y cuando entramos se giran y nos saludan con la mano.

— Y ellos — dice César —, son mis alumnos: Shinji y Noriko, cocineros de primera — los chicos responden a César con un gesto de aprobación y una sonrisa —. Los caníbales tenemos gustos culinarios muy exquisitos, así como verdadero amor por la cocina. Y como la cocina también es un arte, se podría decir que manejamos dos disciplinas artísticas, ¿no es maravilloso?

— Genial... Yo soy Sira — tengo los ojos abiertos como platos... ¿cocinan a sus víctimas?

El mero hecho de pensar que dentro de esa olla hay restos humanos hace que me entren ganas de vomitar. De hecho no he potado aún porque no he comido nada. Quién diría que tener el estómago vacío podría beneficiarme en este momento de mi vida...

— ¡Entonces pasemos a la siguiente sala! Si dentro de un rato te entra hambre no dudes en venir aquí, idegustarás unos manjares celestiales! — dice César. No voy a poder volver a comer nunca más...

— Gracias... — en serio, necesito salir de esta cocina.

A continuación me llevan a una sala que recuerda a un dojo. Apuesto lo que sea a que estoy en la habitación de los ninjas.

Las paredes están cubiertas de pósteres de Kill Bill... sale Uma Thurman con una katana por todas partes. Recuerdo haber visto esta película hace unos años, justo antes de "mudarnos" a la alcantarilla.

Pero... la habitación está completamente vacía.

— ¡Lenon! ¡Excelente técnica de camuflaje! — grita Gerónimo.

Como por arte de magia aparecen tres figuras que nos hacen un saludo japonés. Están completamente cubiertos de negro, se tienen que quitar la capucha para que les veamos el rostro.

— No era camuflaje, sólo estábamos escondidos — responde el tal Lenon. Me recuerda a un famoso... ¿Edward Norton? Tiene una barba gris interminable y la cabeza completamente rapada a excepción de una trenza bastante larga y grisácea. Es bastante alto.

— Extraordinario de todas formas — afirma César.

— ¿Qué queréis? — responde el ninja no de muy buen humor.

— Nueva recluta — dice César con su incansable sonrisa.

— Soy Armin — se presenta uno de los ninjas. Es un chico bastante alto con el pelo negro y los ojos azules... muy azules. Tiene el pelo negro y con un corte emo.

— Yo Débora — contesta la otra ninja que es, irónicamente, la viva imagen de Uma Thurman. Alta, rubia y con ojos y boca enormes. Si la hubiera visto por la calle me habría confundido.

— Yo Sira — estoy mirando fijamente a Armin. Tiene los ojos realmente...azules.

— Son ninjas. Ágiles, escurridizos, letales... Artistas honrados con obras muy cotizadas — me dice Gerónimo. Me llega por la rodilla, es increíble.

— Y pasemos a nuestra última clase — César me vuelve a agarrar del brazo y a arrastrarme. Es insoportable.

La última sala tiene que ser la de las parcas. Está justo al lado de la cocina.

Cuando entramos veo una sala con ordenadores, todos vacíos. Las paredes están pintadas de negro y hay cuadros de "La Muerte" por todas partes. También hay fotos de todas las carátulas de las películas de *Scream*. Hay unas cuantas hoces metidas en una especie de paragüero.

La única persona que hay es un hombre vestido casual sentado en lo que parece una mesa de profesor. Está fumando y tiene una cicatriz en la cara, justo por encima del ojo. Ese ojo lo tiene completamente blanco, y el otro completamente negro. Tiene el pelo marrón y una barba corta pero

bastante descuidada.

Nos ve pero no se molesta en saludar.

— Hola Jack, te traemos a una nueva alumna — César sigue entusiasmado, parece casi hiperactivo.

El hombre se levanta y se dirige hacia nosotros sin decir una palabra. Se queda en frente de mí y me mira con desprecio.

— Se llama Sira y parece una artista prometedora — añade el caníbal.

— Matar no es un arte, César — dice el hombre. Debe tener mucha confianza en sí mismo para haber dicho eso... Le da una calada al cigarro y suelta el humo.

— Bueno, en fin... — César hace como si no hubiera oído nada — acaba de ser admitida. Mañana ven a la fábrica a las doce en punto y empezará tu primera clase — me dice.

— ¿Y la prueba de admisión? — pregunto desconcertada.

— La has superado con esta visita — asegura Gerónimo —. Queríamos probar si eras como nosotros. En toda la velada no has preguntado por la recompensa, lo que demuestra que eres una artista honrada y quieres aprender a matar por amor a la disciplina. Esa era la prueba de admisión: la honradez.

¡Mierda! ¡La recompensa! ¡Se me había olvidado preguntar! Estaba tan atolondrada por lo que estaba viendo que no podía pensar en recompensas...

— Tu sueldo será de 4000 € al mes más un 10% del dinero recaudado por tus obras.

¿¡4000€!? ¿¡De dónde saca esta gente tanto dinero!?

Asiento forzando una sonrisa. Con ese dinero quedarían solucionados todos los problemas de mi familia. Tendré que pedir a esta gente que nos ayuden a mudarnos a algún pueblo cercano donde no nos conozcan y podamos adquirir una nueva identidad, cambiándonos el apellido. Tendríamos que teñirnos el pelo y pintarnos las cejas y las pestañas para estar irreconocibles.

Con 4000€... cambiarían tantas cosas...

Pero...

¿Es ese el precio de la vida de una persona?

Capítulo 5

Estoy muerta. O por lo menos tengo la sensación de estarlo...

Nada ni nadie puede sentir la rabia que experimenté cuando entré al hospital y vi esa carita cubierta con una máscara de oxígeno, respirando débilmente como si le pesara vivir. Ese cuerpecito tan indefenso dentro de una habitación de hospital rudimentaria para pacientes "poco importantes". Algún día volaré todos los hospitales privados asegurándome la presencia de ese atajo de ministros cabrones con gripe que roban el tiempo a los más necesitados y presumen de tener limpia la conciencia...

Pero lo que es indescriptible es el vacío que he sentido cuando he entrado al hospital y mi madre me ha dicho que Freddy tiene una enfermedad incurable, ha cogido una infección por vivir en las alcantarillas. Y yo me pregunto: ¿mi desgracia tiene algún tipo de límite? ¿Voy a tener que soportar un mazazo tras otro hasta que alguno me mate?

Ya empiezo pensando en mí...

¿Cómo puedo ser tan egoísta? ¿Es que acaso no puedo preguntarme primero sobre cómo está mi pobre madre que ha visto despegarse de su lado a un hijo tras otro y sigue impasible? Ya sé que lo he pensado muchas veces, pero ahora definitivamente me detesto.

No sé cuánto tiempo más voy a estar sentada en esta silla de plástico esperando a que me venden la mano. Le he dicho a mi madre que me he caído y me he quedado inconsciente, y que por eso no había podido venir antes (explicando también las heridas de mi cara). Supongo que no se lo habrá creído, pero no me ha dicho nada. Por lo menos la camiseta me tapaba los cortes de la muñeca...

Deben ser las ocho de la mañana. Hoy no he dormido nada... y el resto de mi familia supongo que tampoco. Ojalá pudiera dormirme, y ojalá fuera para siempre.

— ¿Sira Windsor? — una enfermera con la lista de pacientes en la mano me llama.

Me limito a levantarme e ir.

— ¿Hija de Alfred Windsor? — me pregunta.

Asiento sin mirarla. Tengo los ojos llenos de lágrimas y no quiero que me vea. Noto que hace una mueca, al parecer mi padre es irremediabilmente

famoso.

— Oye... mira, no podemos atenderte — dice de repente la enfermera.

— ¿Por qué? — pregunto.

— Tenemos... otros pacientes más importantes que tú — dice con desprecio.

Las lágrimas se me han cortado. Ahora siento odio, ¿cómo es posible que exista gente aún más detestable que yo? Miro a la enfermera a los ojos y los desgarró. Me imagino cómo explota su cabeza y siento la tentación de hacer realidad mis deseos.

La mujer retrocede. Creo que le doy miedo. ¿Yo atemorizando a alguien? Es increíble cómo el sufrimiento puede cambiar tu aura hasta tal punto de convertirte en un monstruo.

Me acerco a ella, soy algo más alta. Baja la cabeza. La cojo de la barbilla para que me mire a los ojos.

— Ahora, si me disculpa, voy a pasar — le digo con una mezcla entre susurro y amenaza.

Está temblando, ¿tanto miedo doy?

— No... — la enfermera está hablando — No te... te conviene soltar amenazas aquí.

Le lanzo una última mirada asesina y me meto en la consulta.

Lo siento, no tengo la culpa de que existan personas tan superficiales que te juzguen por el mero hecho de ser la hija de un gilipollas. ¿No se le ha ocurrido pensar que a lo mejor yo no soy como mi padre? Aunque claro, hablar conmigo ya indica desprestigio social. ¿Por qué arriesgarse a tener compasión de una niñata herida que ni siquiera tiene casa?

Comprendo su posición.

Pero esa jodida enfermera entenderá la mía algún día le guste o no...

Espera Sira, para. ¿Estás pensando en matarla? No ha sido para tanto...

Intento disipar ese pensamiento de mi mente lo más rápido que puedo, agito la cabeza y entro en la consulta.

El médico está sentado en una silla negra apuntando algo en una hoja.

Esa cicatriz... esa barba desgarbada...

"— Hola Jack, te traemos a una nueva alumna — César sigue entusiasmado, parece casi hiperactivo.

El hombre se levanta y se dirige hacia nosotros sin decir una palabra. Se queda en frente de mí y me mira con desprecio."

El tal Jack se acerca y me observa con la misma desaprobación que hace unas horas.

¿Qué hace él aquí? ¿Es médico? ¿Entonces por qué trabaja para La Parca?

Estoy a punto de abrir la boca para preguntar, pero él parece leerme la mente y se lleva un dedo a los labios indicándome silencio.

Le enseño mi puño destrozado y me lo venda sin decir una palabra. Luego, como si ya lo supiese, me remanga la camiseta dejando mis cortes al descubierto y me los cura también.

A continuación, señala un papel encima de su escritorio donde tengo que firmar.

Esta noche, si lo vuelvo a ver, tendré muchas cosas que preguntarle.

Me dirijo a la zona de operaciones donde se encuentra Freddy. Por el camino me vuelvo a encontrar a la enfermera, hablando con unas amigas que me miran y se ríen de mí. Le vuelvo a mirar amenazadoramente pero esta vez, en vez de estremecerse, se ríe.

Contengo mi furia con dificultad.

Cuando llego a mi destino; mi madre, Ada y Albin ya no están. Hay un médico en la puerta del quirófano al que decido preguntar para informarme.

— Perdona, ¿ha visto a una chica y un chico albinos y una mujer adulta que iba con ellos?

— Sí, se han marchado hace un rato — me contesta sin mirarme.

— ¿Por qué? — con Freddy ingresado me extraña que se hayan ido.

— Estaban molestando a los demás familiares de pacientes — ni siquiera se molesta en mirarme a la cara.

— Si aquí no hay nadie... — las sillas están completamente vacías.

— ¿Windsor? — ahora se digna en levantar los ojos del suelo.

— Sí — digo con el tono más orgulloso que puedo.

— Márchate — y él me habla con desprecio. Normalmente negaría su orden, pero estoy demasiado cansada.

— ¿Qué tal está mi hermano? — me limito a preguntar por Freddy.

— No lo sé, tenemos pacientes más importantes a los que atender. Ahora vete que tengo que trabajar — señala la salida por la barbilla.

Tengo ganas de decirle lo inhumano que es abandonar de esa manera a un niño enfermo, a decir al mundo que ese hombre no tiene derecho a autodenominarse médico. Pero, ¿de qué me serviría? No puedo hacer nada. Le miro fijamente con ira y me dirijo a la puerta. Algún día nos volveremos a ver y me suplicara clemencia porque...

“Ya basta, Sira. Arráncate esa idea del cerebro.”

Atravieso las gélidas calles cubiertas de nieve hasta llegar a mi alcantarilla.

Mi madre está llorando mientras Albin la calma y le dice algo. No sé dónde está Ada.

— ¿Qué ha pasado? — pregunto.

— Estábamos en la sala de espera y cuando nos han pedido el nombre de Freddy han descubierto que éramos Windsor — dice Albin con lástima sin dejar de acariciar el pelo de mi madre.

— Cabrones. A mí también me han echado — no puedo responder otra cosa.

Decido irme a mi cuarto, soy demasiado débil como para ver llorar a mi madre. Pero cuando empiezo a caminar Albin me detiene.

— Sira — me doy la vuelta para mirarme —. Podrías ayudarnos un poco más, no eres la única que tiene problemas.

No... no puedo soportar tanta culpa.

— Lo siento... — digo con voz entrecortada.

Me voy corriendo hacia mi habitación con la cara llena de esa agüilla salada que tanto veo últimamente. Aparto el colchón de un estirón espantando de nuevo a Bichín y cojo la cuchilla.

Necesito ver sangre, necesito ver rojo, necesito librarme de la culpa.

Arranco la venda y corto perpendicularmente a las heridas que ya tenía.

Pronto la sangre comienza a emanar de mi piel. Cada gota que veo calma mi cerebro, es como si mi sufrimiento se esfumara por unos segundos. Esta vez ni siquiera gimo de dolor... ni siquiera me duele. Mi alma sufre tanto que el daño corporal es ahora insignificante.

Me quedo observando mi brazo, con cada latido mi sangre se bombea y sale a la superficie. No quiero cortar el flujo. Es como si estuviera en el paraíso... sin preocupaciones.

Entonces me doy cuenta de lo idiota que soy, del poco sentido que tiene hacer esto. El infierno vuelve a mí.

Cojo la venda rota y me la vuelvo a poner como puedo.

La pobre rata está muerta de miedo en un rincón de la estancia. La cojo y la acaricio.

— No van a volver a reírse de nosotros. Si no paran por las buenas, tendrán que hacerlo por las malas — digo mientras miro a los ojos a mi imagen reflejada en lo que queda de espejo.

Y entonces me doy cuenta de que, por cada instante que pasa, mi furia se alimenta. Arde consumiendo mi miedo a hacer daño a los demás y va transformándose poco a poco en una mente asesina.

Ojo por ojo, diente por diente.

Se van a acordar de mí.

Capítulo 6

Después de haber lavado a Bichín y mirado mal a las abuelas gordas, vuelvo a mi casa.

No puedo parar de pensar en esta noche... a las doce iré a la fábrica abandonada para consolidar mi acuerdo con esa secta de perversos.

Me pregunto qué pensarán mi madre y mis hermanos si se enteran que voy a entrenarme para matar a sueldo. Tampoco sé dentro de cuánto tiempo pasaré a la acción... ni si seré capaz de asesinar.

Mientras pienso en esto, soy incapaz de hacer los deberes. Es cierto que nunca los hago, pero he decidido intentar esforzarme algo en el colegio. Con ese banco de pijas acechándome, concentrarse es bastante difícil. Digo banco porque son tan sumamente estúpidas que tienen cerebro de pez. Vaya, perdón, esto ha sido un insulto para mis pequeños animales acuáticos favoritos.

En fin... vamos Sira, céntrate.

Al cabo de una hora he acabado los ejercicios de mates y he hecho un montón de dibujitos gore. No puedo parar de mover la pierna histéricamente, estoy muy nerviosa.

Bichín está intentando comerse mis deberes, así que la aparto.

Uff... la tarde se me está haciendo eterna. Es como si cada segundo fuera un año.

Ahora que me he quedado sin nada que hacer, pienso en ir a ver a Albin. Probablemente intente dejar caer alguna indirecta sobre lo que voy a hacer esta noche para ver su reacción.

Cojo a Bichín en brazos y cruzo el fúnebre túnel que separa nuestras "habitaciones". Hay algunas velas que ya se han consumido por completo, lo que hace que se vea bastante mal. Aunque me gusta la oscuridad, sufro cuando no veo porque temo caerme al canal por donde pasa (literalmente) la mierda de toda la ciudad. Siempre me ha parecido increíble que justo en los espacios donde están nuestros cuartos no huela mal. Es cierto que Albin diseñó un sistema de los suyos para desviar las aguas y que no nos molestaran, pero aun así...

Finalmente me encuentro con mi hermano mayor. Su habitación es exactamente igual que la mía pero sin Bichín. Está sentado en el escritorio dibujando una especie de plano. Pobrecillo... se toma demasiadas

molestias para hacer más acogedora esta alcantarilla.

— Hola Sira — me oye entrar —. ¿Aún sigues con esa rata?

Me agacho para dejar a Bichín en el suelo, que corretea feliz hasta el colchón de Albin.

— Hola — contesto. No sé por dónde empezar... —. Mira... lo de esta noche... lo de Freddy... — estoy en blanco — Y lo de mamá... Lo siento.

— Enséñame tu brazo — no me mira, mientras habla sigue trabajando en su proyecto.

— ¿Para qué? — no sé cómo voy a escaparme ahora...

Deja el papel y los bolis y se me acerca. Coge el brazo donde tengo los cortes y remanga mi camiseta.

— Sira... — levanta mi muñeca y me mira a los ojos — Con esto no solucionas nada — me suelta el brazo —. Mira; sé que nuestra vida es una mierda, pero te necesitamos con nosotros. Si te vas mamá...

— No me quiero morir — interrumpo —. Sólo lo hago para desahogarme — digo mientras me oculto las heridas nerviosamente. Creo que me he puesto roja.

— ¿Para desahogarte? ¿Te cortas para desahogarte? — me mira con su típica mirada de desprecio: una ceja más levantada que la otra. Luego se ríe con ironía.

— Sí — le miro enfadada y le dedico una sonrisa forzada.

Ahora me mira con compasión.

— De acuerdo — es bastante alto —. Me fiaré de ti.

— Te prometo que no haré ninguna locura que pueda perjudicaros a mamá o a vosotros — hablo casi susurrando.

Albin me sonrío y asiente.

— De hecho haría cualquier cosa para salir de ésta — aprovecho para soltar la indirecta —. Cualquier cosa... incluso mataría por vosotros si me pagaran...

Mi hermano vuelve a reírse de mí.

— No digas bobadas — me empuja con cariño —. Saldemos de ésta, ya lo verás.

Vuelve a sentarse en su escritorio y coge un boli. Me doy media vuelta para irme.

— Sira — se gira de repente Albin —. ¿De dónde has sacado la cuchilla?

— Me la encontré por el suelo, ¿por qué? — me intereso.

— Debería afeitarme... ¿me la dejas? — la verdad es que la barba le ha crecido bastante. A saber cuánto tiempo hace que no se la recorta...

— Ni hablar, busca tu propia cuchilla — sigo mi camino.

— Busca tu propia cuchilla — le oigo repetirme imitando la voz de una niña tonta. Maldito Albin.

Bichín ha venido corriendo hacia mí. Casi la dejo sola con el idiota de mi hermano. La cojo en brazos y vamos hasta mi habitación.

Me paso el resto de la tarde haciendo dibujos, luego ceno el mismo mendrugo de pan de siempre y espero tumbada en la cama hasta las once y media.

Entonces me las arreglo para salir sigilosamente a la calle. Me visto con unas mayas negras bastante viejas y una sudadera roja con la misma antigüedad. En los pies, las deportivas sucias de siempre.

Me pongo la capucha de la sudadera, así parece que oculto mi identidad y voy más cómoda.

En la calle hace bastante frío, la nieve se me está metiendo en las zapatillas. Me alegro de que por lo menos no haga viento.

Da un poco de miedo ir sola por la calle a estas horas, solo he visto a una señora paseando a su perro.

Me cuesta como un cuarto de hora llegar hasta la fábrica abandonada.

Cuando entro veo el lúgubre escenario de la noche anterior y no puedo evitar mirar en todas las direcciones. Es como si alguien me estuviera observando... De repente me sobresalto. No pasa nada, he pisado la cabeza de una muñeca sin querer.

Consigo llegar hasta la máquina expendedora, ya apartada, de lo cual me alegro porque no tengo mucha fuerza. Me meto por la trampilla y para mi sorpresa están todas las personas de la noche anterior esperándome en

formación.

— ¡Bienvenida a La Parca! — dice César — Es un placer ver que has decidido volver.

Sólo puedo contestar con una forzada sonrisa.

— ¡Tu primer día de entrenamiento! — ahora es Gerónimo el que habla — ¡Qué emoción!

Entonces el tal Jack, el que se supone que es mi maestro; sale de la formación, me mira con su ya habitual mirada intimidatoria y me dice:

— Andando.

— ¿Ya? — César pone cara de ofensa — ¿No queréis tomar un aperitivo?

Jack se acerca serio y le dedica una mirada amenazante. Son exactamente igual de altos.

— Como bien te gusta decir, mi querido amigo — Jack ahora habla con un tono irónico pero cruel a la vez —. Será mejor que empecemos cuanto antes: el maravilloso mundo de los asesinatos nos está esperando.

Juraría que César ha retrocedido un poco. No me extraña, verdaderamente Jack infunde miedo con sólo observarte.

Mi supuesto profesor se abre paso entre los miembros de La Parca, que no dudan en dejarle un camino libre. Yo le sigo sin dudarlo.

Me conduce por el amasijo de pasillos por el que pasé ayer hasta que llegamos a nuestra aula.

Cuando entramos Jack cierra la puerta a mis espaldas.

— ¿Qué haces aquí? — me pregunta no con muy buen humor.

— ¿Qué? — no sé muy bien qué contestar. Este hombre me intimida demasiado.

— ¿Por qué te has unido a esta secta? ¿Eres consciente de dónde te has metido? — ahora se aparta de la puerta y se acerca a mí.

— Mi familia... necesitamos dinero... — digo tímidamente.

— ¿Saben que estás aquí? — insiste.

— No — miro al suelo arrepentida.

— El problema de la gente como tú — ahora se dirige hacia el paragüero lleno de hoces y empieza a examinarlas —. Es que sois demasiado buenos, demasiado tontos, demasiado cobardes... — escoge una y se vuelve a girar hacia mí — y demasiado egoístas.

No me gustan para nada los prejuicios de este hombre. Quizá debería callarme, pero yo no sé hacer eso.

— Puede — por fin me atrevo a mirarle a los ojos —. Y tu problema... — ahora sonrío con aire de superioridad. Sí que soy bastante tonta, no me conviene hablar... — es que eres el mismo tipo de persona que yo. ¿Me equivoco?

Ahora es él el que sonrío.

— Inteligente — coge otra hoz más. Lleva una en cada mano —. Pero tonta —me da la primera hoz que había cogido —. Buen intento bonita.

La cara me cambia automáticamente. Me está sacando de quicio.

— ¿Qué hacías en el hospital? — me apetece tocar la vena sensible — ¿No ganas suficiente y por eso vienes aquí? ¿O lo haces para divertirte?

Se ha sacado un cigarro del bolsillo y se lo está encendiendo. Ha apoyado el arma en una mesa.

— Algún día — le da una calada al cigarro —. Aprenderás a hacer las preguntas adecuadas en el momento adecuado — y suelta el humo por encima de mí mientras lo aparto con la mano, asqueada.

Me pregunto qué misterios esconderá este hombre...

Capítulo 7